

sino también en los elogios que hace de los Santos. Se le vé siempre llorando, y siempre insistiendo en sus sentimientos de compunción. Sus lágrimas eran las riquezas de su alma penitente, que ofrecia á los demás. »

Parecia como que su humildad arrojaba raices más profundas en su corazón, á medida que se extendia su reputación. Cuanto más se le estimaba, tanto más vil y despreciable aparecia á sus propios ojos. Cuando hallándose en Edesa, se acudia á él para recibir sus instrucciones, encontraba nuevos motivos de humillarse, considerándose como aquellos escribas y fariseos, de quienes decia Jesucristo, que hiciesen lo que enseñaban con sus palabras, pero que no imitasen sus obras. Cuando se le pedia consejo, creía que era para instruirse á sí mismo, á medida que hablaba á los demás. Nada tan expresivo como lo que dice en el tratado *de las Virtudes y de los Vicios*, que compuso para unos religiosos extranjeros que vinieron á consultarle.

« ¡ Que dichosos sois, carísimos hermanos en Jesucristo, les dice, en llevar una vida tan laudable y útil ! ¡ Y cuán desgraciado soy yo, que tan inútilmente la empleo ! Sí, hermanos míos, yo os considero muy felices, porque sois amigos de Jesucristo y de sus ángeles ; pero ¿ quién podrá llorar suficientemente mi suerte por haber irritado á Dios con la inutilidad de mis obras ? Vosotros sois felices, porque os haceis dignos del cielo con una vida santa y una caridad inmensa, y admiro el que hayais emprendido un viaje tan largo y penoso para la utilidad de vuestras almas, y mucho más aún admiro el que hayais venido de un país tan lejano á pedir consejos de vida espiritual á un hombre tan despreciable y pecador como yo. Estais saciados, y os dirigis á un hombre hambriento. Los que reciben abundantemente el rocío de la gracia, vienen á pedir agua al sediento. Los que han gustado las dulzuras de la virtud, vienen á un hombre que experimenta la amargura del pecado,

¿ Como siendo ricos, pedís á un pobre ? ¿ Como siendo tan sabios, venís á consultar á un hombre grosero é ignorante ? ¿ Como gozando de salud, venís en busca de remedios ? ¿ Como siendo libres, venís al lado de un esclavo ? Vosotros sois fervorosos, y yo relajado : vosotros brillais por vuestras virtudes, y yo estoy oscurecido por la culpa : vosotros por vuestra templanza, por vuestra caridad y buenas obras, sois buen olor de Jesucristo, y yo no exhalo más que la fetidez y la podredumbre del pecado. »

En el mismo tono sigue todo el prefacio de esta obra, y en toda ella no se vé más que un completo anonadamiento de sí mismo. Cada una de sus palabras es un oráculo, por más que él mismo no se aperciba de ello, pues el bajo concepto que de sí tenia formado le impedia conocer que pronunciaba máximas sublimes, preciosas y santas. Es que por su boca hablaba el espíritu de Dios, así como este mismo espíritu era el que le conservaba en su profunda humildad. Así se le habia manifestado en una visión que, según afirma san Gregorio, tuvo en su juventud, y en la que le pareció ver salir de su boca una vara cargada de fruto, la cual creció tan prodigiosamente, que al poco tiempo cubrió toda la tierra, viniendo todos los pájaros del cielo á comer de sus frutos, y siendo estos tanto más abundantes, cuanto más se cogían. Este símbolo anunciaba visiblemente que Dios le habia escogido para sembrar su palabra en el corazón de los hombres, á la vez que prefiguraba esa humildad tan sincera y constante, en cuya virtud, al mismo tiempo que comunicaba á los demás los dones que habia recibido del cielo, permanecia enteramente lleno, sin que el orgullo ni la gloria mundana hinchasen su amor propio, ni le pudiesen robar el fruto de su celo.

Hallábase en Nisibis en el año 350, cuando Sapor, rey de los Persas, puso cerco á esta ciudad, como hemos dicho en la vida de san Jacoho, y fué el que hizo subir á este santo

obispo sobre la muralla, para que maldijese á los enemigos. Es de creer que fuese discípulo de este gran Santo, ó á lo ménos, que viéndole con mucha frecuencia, aprovechó sus palabras y ejemplos para adelantar en la virtud. Es de creer también que la muerte de san Jacobo y la de san Juliano, su vecino de celda y confidente, fueron causa de que abandonase á Nisibis para pasar á Edesa; pero san Gregorio Niseno dá otra razón de esta mudanza.

« No cambió de lugar, dice, por su propio espíritu, sino movido por el espíritu de Dios, que le instruía interiormente, y le inspiraba para el bién de las almas. Fiel á su voz, y sumiso á sus órdenes, iba á donde el Señor le llamaba, y de esta manera, imitando la obediencia de Abraham, salió de su patria para volver á Edesa: pues no era justo que un astro tan brillante permaneciese oculto. »

Propúsose también en este viaje venerar las reliquias de algunos santos, especialmente las del apóstol santo Tomas que se conservaban en Edesa, y conferenciar con un santo varón para aprovecharse de sus luces, así como él estaba destinado á comunicar las suyas á otros. San Gregorio no nombra á este varón; pero los había muy ilustres en Edesa y en sus cercanías, entre otros, Barsees, que murió en 379, y que pudo muy bién haber sido obispo en 350, san Juliano Sabas, y otros muchos.

Al aproximarse á la ciudad, pidió al Señor que el primero que saliese á su encuentro, le hablase de las sagradas Escrituras. Pero quedó sorprendido al ver que fué una mujer de mala vida, y no un hombre de ciencia y de piedad. Volvió sus ojos con cierta amargura, y se quejaba interiormente á Jesucristo de no haber oído su oración. Aquella mujer se detuvo mirándolo atentamente, y dijo á Efrén; « Hago muy bién en miraros, porque soy mujer, y la mujer fué sacada del hombre: y vos haceis muy bién en mirar á la tierra, porque sois hombre, y el hombre fué sacado de

la tierra. » Quedó el Santo admirado de estas palabras, y alabó el poder incomprendible de Dios, que por los medios que nos parecen ménos adecuados, nos concede las gracias que le pedimos. Sozomeno que refiere esta historia, dice que el Santo escribió sobre ella un libro, que era uno de los más estimados por los Sirios; pero esta obra no ha llegado á nosotros.

La casa en que se hospedó era precisamente la de otra mujer de malas costumbres; pero él lo ignoraba. Pasados algunos días, le dijo esta mujer: « Padre mío, dadme vuestra bendición. » Volvió los ojos hacia la ventana para ver quién era, y cuando la reconoció, le dijo: « Que Dios os bendiga. — Padre mío, le replicó, os falta alguna cosa en esta casa? — Sólo me faltan algunas piedras y un poco de tierra para tapar esta ventana. — Me tratais muy duramente, replicó la mujer, siendo ésta la primera vez que os hablo. » En seguida empleó el lenguaje que podia esperarse de ella. El Santo le preguntó si era capaz de hacer en la calle lo que hacía en la casa, y contestando que le causaría vergüenza, tomó el Santo ocasión para reprenderla, diciéndole que si se avergonzaba, y con mucha razón, de hacerlo ante los hombres, con más motivo debía temer al Señor, cuya vista penetra en todas partes, y que en el día del juicio dará á cada uno su recompensa ó el castigo que sus obras hayan merecido. « Quedó esta mujer tan conmovida con esta exhortación, que se arrojó á sus pies derramando lágrimas, y diciéndole: « Siervo de Jesucristo, os ruego que me pongais en camino de salvación, para que Dios me perdone todos los crímenes que he cometido. » Entónces el Santo la exhortó nuevamente á que hiciese penitencia, y al poco tiempo la colocó en una casa religiosa, para que estuviese libre de toda ocasión de pecar.

Para continuar los ejercicios de la vida solitaria, se retiró á un monasterio, en donde no pudo permanecer

oculto, ya porque su reputación había llegado á Edesa ántes que él, ya porque su mérito no tardó en darle á conocer. Así es que tan luego como llegó, tuvo que interrumpir con frecuencia el reposo de la celda que deseaba, tanto para dar instrucciones particulares á los que, llenos de confianza en sus luces y en su piedad, venían á pedirle consejo, como para predicar públicamente al pueblo. Fué elevado al diaconado, y adscrito á la iglesia de Edesa. Aún cuando el ministerio de la predicación no era la función ordinaria de su orden, la obediencia prestada á su obispo le obligó á ejercerlo, al paso que su ardiente caridad tampoco le permitía excusarse de él, por más que siempre lo ejercía con el temor de ser condenado ante Dios por anunciar las máximas evangélicas, que en su humildad no creía practicar debidamente.

El discurso sobre el sacerdocio, que se ha colocado á la cabeza de sus obras, es un sermón dirigido al clero. Como la predicación fué su principal función, conviene que nos detengamos en las disposiciones con que se preparaba á ella, en las gracias que recibió del cielo para desempeñarla dignamente, en el celo con que la ejerció, en los sentimientos con que la acompañaba, y en los frutos de salud que producía. Para ello acudiremos á buenas fuentes, con objeto de no relatar más que lo estrictamente verdadero. San Basilio, san Gregorio Niseno, Teodoreto, Sozomeno, y sus mismas obras serán las autoridades á que apelaremos.

San Efrén no había sido educado en las ciencias humanas; ignoraba las de los griegos, y no hablaba más que su lengua nativa, que era la siriaca; pero lo hacía con toda pureza, y la enriqueció con varias poesías que compuso. Estudió la lógica y las reglas del raciocinio, fijándose solamente en lo que podía serle útil, y dejando lo superfluo. Pero su principal estudio lo consagró á la sagrada Escri-

tura, á los dogmas de la Iglesia, y á las falsas opiniones de los herejes, para refutarlos y confundirlos.

Pero lo que principalmente contribuyó al éxito de su ministerio fué la pureza de su corazón, por la cual mereció que Dios le concediese el don de sabiduría y el de la palabra de una manera milagrosa, y que le hizo ser admirado en su tiempo, como lo es hoy por los trozos que de sus obras nos quedan.

Con estos maravillosos dones discernía con grande penetración la verdad del error, siendo de notar que muchas veces convencía y conmovía á su auditorio con lo que ménos adecuado parecía. Y ¿qué no debía esperarse de un hombre que hacía constantemente su estudio en los Libros santos y en la oración, y cuyo corazón se hallaba, por lo tanto, en las más excelentes disposiciones para recibir las luces que Dios comunica á aquellos que deben enseñar las sublimes verdades de la religión?

Jamás ejercía el ministerio de la predicación sin implorar los auxilios de la gracia divina, preparándose con la oración y las lágrimas, y suplicando á sus oyentes que uniesen las suyas, para alcanzar de Dios la gracia de que les fuesen provechosas sus palabras: pues su humildad le persuadía que eran más dignos que él de ser oídos por el Padre celestial. Mezclaba con frecuencia en sus discursos elevaciones á Dios, y los terminaba siempre con una súplica, lo cual hace que, aún hoy, nos conmueva la lectura de sus sermones.

Hé aquí, por ejemplo, una súplica que dirige á Dios en medio de un discurso sobre la compunción. « Dios de bondad y de misericordia, yo os pido por esta misericordia que no me coloquéis á vuestra izquierda entre los réprobos, entre los que os han irritado, y que no me digais *no te conozco*; ántes por el contrario, dad á mis ojos una fuente de lágrimas, para que no cesen de llorar. Herid, triturad

mí alma con la compunción: humillad mi espíritu y mi corazón, y hacedlo templo de vuestra santa gracia: pues aunque soy pecador, aunque he cometido la iniquidad, aunque he practicado acciones impías, llamo, no obstante, á toda hora á vuestras puertas, y por más que soy relajado y negligente, procuro siempre marchar por vuestros caminos. »

Merece ser notada la pureza de intención con que este Santo ejercía el ministerio de la divina palabra. Además de la obediencia, en cuya virtud lo ejercía, le guiaba sóla-mente su ardiente amor á Dios y su sincera caridad para con el prójimo. La humildad que en todas sus acciones le acompañaba, le hacía en cierto modo onerosa esta misión, porque hubiera preferido recibir instrucciones á darlas, y porque temia condenarse á sí mismo combatiendo los vicios de los demás. Pero su celo amoroso por la gloria de Dios y su compasión para con las almas, que no le permitian verlas perecer sin llenarse de dolor, le hacian vencer toda repugnancia, y le animaban á anunciar las verdades evangélicas.

« Y ¿ qué? dice en uno de sus discursos, ¿ he de callar por temor de condenarme? ¿ qué otro medio tengo, Dios mio, para atestiguaros mi celo y mi amor? Hablaré pues, y no dejaré de hablar, porque mejor quiero condenarme que dejar de cumplir el ministerio que se me ha confiado. No tengo inconveniente en perecer, siempre que seáis glorificado. Conozcan con esto los paganos la fuerza y el poder del amor: vean los judíos el ardor de mi celo por vuestra gloria, y que puedo morir por vos, sin que el hierro, ni el fuego, ni los demás suplicios me quiten la vida. »

Se vé también en sus discursos que consideraba como uno de sus principales deberes el que todos aprovecharan el don de la palabra que Dios le habia concedido. No po-

dia resolverse á ver perecer á sus hermanos, ó por ignorancia de sus obligaciones, ó por malos consejos, ó por seducción de los falsos doctores, sin poner cuanto estuviese de su parte para salvarlos. Creia ganar mucho para sí haciendo que los demás se aprovecharan, y que así como el que pierde á otros se pierde á sí mismo, de la misma manera expiaría sus propios pecados, curando los de los demás. Por último, se esforzaba en salir de la tibieza, en que, segun decia, habia caído, procurando animar á los demás á la virtud.

Es de notar también que habla siempre en sus discursos de una manera llena de ternura y afecto, suplicando, instando y pidiendo; pero en ciertas ocasiones lo hace reprendiendo con fortaleza y vehemencia. Un solo ejemplo, entre innumerables que pudiéramos citar, bastará para demostrarlo: « Mi affixión, dice, me obliga á hablar; pero mi indignidad cierra mi boca. Mi dolor me obliga á levantar la voz, pero mis pecados me hacen callar. Puesto que tengo que elegir entre ambos extremos, romperé mi silencio. ¿ Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar noche y dia las heridas de mi alma y el sumo relajamiento de la vida religiosa, relajamiento, que aumenta de dia en dia? »

« Nuestros padres hicieron florecer la vida religiosa, observándola con toda perfección. Estos grandes modelos de virtud eran como astros refulgentes que derramaban su claridad por todo el mundo. Aún en medio de los herejes y de los impíos llevaban una vida santa, obligaban en cierto modo á sus enemigos y perseguidores á admirar la inocencia y pureza de costumbres, y á no pocos de ellos les hacian sus imitadores. Hoy practicamos una conducta enteramente opuesta: no hay entre nosotros aquellos hombres dulces y pacíficos, que sufrían con paciencia las injurias y los ultrajes. Todos, por el contrario, son coléricos y sober-

bios ; todos son relajados, perezosos y negligentes ; todos buscan la elegancia y vanidad en los vestidos : todos ambicionan la vana gloria ; todos son egoistas, etc. »

San Gregorio Niseno no deja de admirar la fuente maravillosa de ciencia que habia puesto en su alma el Espíritu Santo ; « de modo, dice, que, aún cuando las palabras salian de su boca como un torrente, eran, sin embargo, muy lentas para expresar sus pensamientos. Por pronta que fuese su lengua, sucumbia á la multitud de ideas que la mente le suministraba : pues igualaba á la velocidad de los demás espíritus, pero no á la rapidez del suyo. Por esta razón pedia á Dios que moderara este fondo inagotable que le habia dado, diciéndole : Retened, Señor, las oleadas de vuestra gracia. Y efectivamente, este mar de ciencia, que tendia á desahogarse por su lengua, agoviaba en cierto modo los órganos de la palabra, que no eran suficientes á expresar lo que les presentaba la inteligencia para la instrucción de los demás. »

Esta fecundidad admirable de la ciencia que el Espíritu Santo le comunicaba, fué manifestada en una visión á un anciano respetable por su piedad, como refiere el mismo san Gregorio. « Un anciano muy ilustre, dice, vió una gran multitud de ángeles, que, bajando del cielo, traian un libro escrito por dentro y fuera, y se decian unos á otros : ¿ á quién daremos este libro ? Unos nombraban á unas personas, y otros á otras de las que más se distinguian en aquel tiempo, y despues de examinarlas todas, dijeron á un mismo tiempo : Es verdad que todas estas personas son santas y verdaderos siervos de Dios ; pero no se les puede dar este libro. Por último, despues de nombrar á otros santos, convinieron en que sólamente podia darse aquel libro á Efrén, que era dulce y humilde de corazón. El santo anciano favorecido con esta visión se apresuró á dirigirse á la Iglesia, en donde oyó á san Efrén que estaba

predicando con tanta gracia y fruto, que reconoció la verdad de la visión que habia tenido. Desde entónces no le quedó duda de que el Espíritu Santo inspiraba lo que decia, y admiró la gracia abundante que habia recibido. » Sozomeno refiere la misma historia, que se halla también en las *Vidas de los Padres del desierto*, que, por abreviar, no exponemos.

Pero no podemos omitir los efectos que las exhortaciones de san Efrén producian en el corazón de los que las escuchaban. Oigamos nuevamente á san Gregorio. « No habia uno solo de sus oyentes que pudiese resistir á la fuerza de sus discursos y que no se determinase á convertirse sinceramente, viendo la abundancia de lágrimas con que acompañaba sus palabras de vida. ¿ Qué corazón, aunque fuese más duro que el diamante, no se enternecia y lloraba sus pecados, concibiendo verdaderos sentimientos de penitencia ? ¿ Qué carácter, por bárbaro y cruel que fuera, no se dulcificaba con la miel exquisita y saludable que brotaba de sus labios ? ¿ Quién, por más alejado que estuviese de la penitencia y entregado á las voluptuosidades de los sentidos, despues de oír los castigos que Dios reserva á los pecadores en la otra vida, no pensaba seriamente en corregirse y borrar sus faltas con lágrimas de penitencia ? »

Puede también juzgarse de la impresión que harian sus discursos en sus oyentes por la que hoy producen sus escritos. « Cuando se quiere expresar, dice el citado san Gregorio, que una cosa no puede hacerse, se dice en proverbio, que es tan imposible como quebrantar la dureza del pedernal. Pero la experiencia nos enseña que san Efrén realizó este prodigio : pues ablandó y quebrantó con la fuerza de sus palabras muchos corazones más duros que el pedernal. No puede leerse lo que dice acerca de la humildad sin renunciar á todo orgullo y sin concebir senti-